

Czesław Miłosz

Mi Europa



Galaxia Gutenberg

CZESŁAW MIŁOSZ

Mi Europa

Traducción de
Xavier Farré

Galaxia Gutenberg



Esta obra ha sido publicada con una
subvención del *Book Institute - the ©POLAND Translation Program*

También disponible en ebook

Título de la edición original: *Rodzina Europa*
Traducción del polaco: Xavier Farré Vidal

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo 2017

© The Estate of Czesław Miłosz, 1955
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Xavier Farré
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 2153-2017
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-96-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Nota unos años después

Un emigrante polaco, lo reconozca o no, percibe en los países de la Europa occidental una cierta incomodidad interna. Porque a fin de cuentas no nos quieren. Llegamos allí desde unos países que, si no existieran, no modificarían en nada el curso del mundo. Escribo esto ahora, cuando Polonia está intentando formar parte de la Unión Europea, pero la división entre una Europa mejor y otra peor es muy antigua, mucho más que la antigua división entre el hitlerismo y Yalta. Alemania trataba incluso a su propia Prusia Oriental como una marca inferior, y se decía: «La cultura termina cuando te encuentras con un masuriano».

Mi situación en Francia en los años cincuenta era difícil, para expresarlo de una manera delicada. No tenía trabajo, ni ninguna profesión que contara. Como hombre de pluma, me fui a conquistar París como si fuera un personaje de Balzac que llegaba de la provincia, pero esos personajes habitualmente fracasaban en aquella Babilonia de esperanzas perdidas, por mucho que siguiera siendo el país de su lengua y de su cultura. Tenía ante mí un problema de identidad. ¿Tenía que convertirme en un europeo occidental o directamente en un ciudadano del mundo? Debería haber cambiado de lengua, como habían hecho muchos emigrantes, especialmente los rumanos. Pero eso tampoco ayudaba mucho. Los círculos de las revistas literarias y de las editoriales dependían de discriminaciones políticas. La izquierda adoraba a Stalin, la derecha estaba empañada con la colaboración del régimen de Vichy, con algunas excepciones, y dejarse atrapar por esta última al declararse en contra del comunismo no era una buena solución.

A fin de cuentas no soñaba realmente con conquistar París, porque el poeta sirve a su propia lengua, y yo sin el polaco era un tullido. Sentía rabia hacia ellos porque no querían entender nada y sólo se lamentaban de que habían sido liberados por los americanos y no por el país

más progresista del mundo. No tenía ninguna intención de caerles bien, todo lo contrario, quería manifestar mi extranjería y mi pertenencia al este. Y eso significaba, por encima de todo, agarrarme a la lengua polaca.

La mente cautiva era para ellos una obra de la propaganda de la Guerra Fría, una obra de un enfermo mental, en el mejor de los casos. No fue fácil encontrar a un traductor. Finalmente se encargó de hacerlo Andre Prudhommeaux que había luchado en las divisiones de los anarquistas en España, y en consecuencia no les tenía mucho cariño a los comunistas. Pero no sabía ni una sola palabra de polaco, y todo el texto se lo dicté yo en francés, frase por frase. Pero una editorial de la magnitud de Gallimard sólo aceptó ese libro cuando gané el concurso por *La toma del poder*, en Ginebra y traducido por Jeanne Hersch. Jeanne también tradujo mi siguiente novela, *El valle del Issa*.

Al emprender la escritura de *Mi Europa* quise destacar mi oposición en contra de su círculo cultural, mucho más que en mis libros anteriores. ¿Por qué habían dividido Europa en dos, y a nosotros nos habían echado a aquella «oscuridad interior», donde incluso si los sistemas políticos que se sucedían tenían sus aspectos negativos, seguían siendo buenos para los bárbaros? ¿Por qué nuestras desgracias no contaban para nada en sus balanzas y no les interesaban en absoluto Kатын, las deportaciones, Varsovia completamente destruida, las prisiones y la censura? Era un extraño para ellos, pero ¿no había crecido en una ciudad barroca? ¿No había estudiado latín en la escuela, como ellos? Roma era la capital de mi confesión, y si la orden de los jesuitas había educado tantas lumbreras de su pensamiento, mi universidad se había creado siguiendo la continuación de la academia jesuita. Pero eso no era todo. Yo estaba orgulloso de mi origen y no tenía ninguna necesidad de fingir de ser un don nadie. De casa tenía una especie de patriotismo por el Gran Ducado, y eso me unía a la gente de aquella zona oriental, personas como Jerzy Giedroyc, Jerzy Stempowski y Stanisław Vincenz. Para ellos, Europa era algo diferente a lo que era para un parisino, a quien incluso Viena le parecía un lugar exótico. Para Giedroyc y Stempowski existía perfectamente Ucrania, con sus estepas de cara a las colonias griegas del mar Negro, y que conservaba en sus *kurganes* la historia de las marchas tribales europeas. Los Vincenz incluso en su práctica confirmaron la unidad de Europa, emigrando de las montañas de Provenza a los Cárpatos. Para Stanisław Vincenz la civilización pastoril de los Cárpatos representaba una con-

tinuación de la civilización pastoril griega, aún homérica, a través de las montañas de los Balcanes hasta las montañas del Epiro. Y estoy convencido de que las conversaciones que mantuve con él me influyeron. Pero hay que añadir que entre mis amistades, con las que me comunicaba en francés, había ya personas de una visión profética que anunciaban públicamente la necesidad de unir Europa, e incluso había algunos que formaban parte de un círculo reducido de Federalistas Europeos. Eran algunos activistas suizos, franceses, italianos, principalmente socialistas. Una de esas personas era Jeanne Hersch de Ginebra. Gracias a ella visité Suiza e incluso mi libro empieza con una descripción de su casa rural.

Escribí este libro en los años cincuenta en Montgeron, en el mismo pueblo en el que había vivido por un tiempo mi patrón, Adam Mickiewicz. Lo publicó, al igual que mis otros libros en polaco, Jerzy Giedroyc en 1958. Y Georges Sédir lo tradujo al francés. Fue diplomático francés en Varsovia, y allí aprendió la lengua, y también a beber vodka. Su casa parisina se caracterizaba porque a lo largo de todas las paredes tenía alineadas botellas vacías de aguardiente, es decir que le pegaba bien. Una costumbre similar había adoptado en Varsovia otro diplomático francés y traductor ocasional del polaco, Erié Vaux. Se me hace difícil adivinar de dónde les viene a los habitantes de los países de viñedos esa afición por los líquidos destilados de las patatas.

Mis relaciones con la editorial Gallimard no eran buenas. Tenía allí a un único aliado, Albert Camus. Como le gustó *El valle del Issa*, lo publicó y según contrato tenía la opción de publicar el siguiente libro. Pero cuando tuve ya en mis manos la traducción de *Mi Europa*, Camus ya no estaba, acababa de morir en un accidente de coche. Puedo pensar cuáles son los diferentes motivos para que Gallimard fuera tan hostil conmigo, pero vale la pena abrir aquí un paréntesis y explicar una anécdota divertida.

Ocurrió antes de la Primera Guerra Mundial. Gallimard publicaba por aquel entonces su famosa *revue* literaria *La Nouvelle Revue Française*. Entre los colaboradores figuraban poetas adscritos al simbolismo tardío, Paul Claudel y Oscar V. de L. Miłosz, como entonces firmaba, un emigrado del lejano Septentrión, y más concretamente, de Chareya, más allá de Orsha. Tenía mucho dinero, y su riqueza provenía de sus bosques, en los que un pino para mástiles costaba una fortuna

en el mercado maderero internacional. *La Nouvelle Revue Française* en 1912 la dirigía André Gide, que como estaba preparando una empresa teatral bastante costosa decidió disparar a un ciervo de los bosques lituanos. Pero aquel ciervo quería pasar por poeta, y no por un rico aficionado, y le denegó la ayuda. Furioso, Gide prometió que aquel apellido nunca más aparecería en la editorial Gallimard. Se mantuvo aquella prohibición de manera eficaz durante décadas, y no fue hasta 1999 que fue revocada y la editorial publicó un tomo de poemas escogidos de ese malhechor, hoy ya un clásico. Todo esto me lo explicó el editor de las obras de Oscar Miłosz, André Silvaire.

La coincidencia de los apellidos quizás no fue suficiente motivo para perjudicarme, pero la anécdota que voy a explicar acto seguido también es divertida y aleccionadora. En algún otro lugar ya he escrito sobre esto, pero vale la pena repetirlo. Entregué el manuscrito de *Mi Europa* al jefe del Departamento de Literatura Extranjera de la editorial, Dionys Mascolo. Era comunista y no miraba con buenos ojos publicar mis libros. Le confió mis copias a Jerzy Lisowski, que entonces estaba precisamente en París, para que las valorara, confiando que como persona del partido, masacraría el libro. En contra de sus esperanzas, Lisowski escribió un informe positivo. Pero en el fondo, no había cambiado nada desde el siglo XIX, cuando la fuente más segura de información sobre los emigrantes polacos era la embajada del zar.

Al cabo de poco me trasladé a Estados Unidos. *Mi Europa* fue mi último libro publicado en Gallimard, mi editor pasó a ser Fayard y yo empecé a perder gradualmente el interés por mi carrera parisina. Es cierto que de vez en cuando me llegaban algunos ecos, por ejemplo, supe que el Ministerio de Asuntos Exteriores francés exigía a sus diplomáticos que enviaban a aquella parte oriental de Europa que leyeran aquella obra.

Mi Europa familiar no iba dirigida al lector polaco, aunque éste también puede obtener bastante información. Era tanto el sermón de un misionario en medio de salvajes como un intento de responder a la pregunta de quién soy. Si hubiera procedido de Varsovia o de Cracovia, habría sido un poco más fácil explicarlo. Pero en el fondo quería introducir en el mapa de la literatura todo aquel galimatías del Este, que incluso les era ajeno a muchos lectores polacos. Claro que conocían y valoraban una escritora que siempre había permanecido fiel a su origen en aquellas tierras misteriosas, Maria Rodziewiczówna.

En este libro hablo de mí mismo, pero no son unas confesiones. La cuestión de la sinceridad es harto intrincada, como se sabe. Los autores de las más variadas autobiografías y confesiones mienten mucho, consciente o inconscientemente, y aquí se lleva la palma Rousseau, que mentía de manera descarada. En el siglo xx se puso de moda la confesión pública en la que no se ocultan ni los detalles más drásticos, y cuanto más acusados, mucho mejor para las ventas del libro. Este descubrirse demuestra que se conoce muy poco sobre el poder de la forma que nos impone sus exigencias incluso en contra de nuestra propia voluntad.

De entrada, declaro que busco una distancia de mi propia persona y que uso ésta como si actuara de ejemplo, como un objeto histórico o generacional. Y eso significa que hay más un trabajo de desbastar desde fuera que de inmiscuirse en el interior. Los lectores actuales no están acostumbrados a este tipo de sobriedad, principalmente porque han pasado por la escuela de Freud. Algunos lectores me reprocharon ingenuamente no decir «toda la verdad», como si eso fuera posible. Con todo, hay mucho sobre mí en el libro, sobre mi educación y sobre mis aventuras intelectuales, incluidas mis tentaciones del marxismo y los intentos de tentarme del filósofo Tadeusz Juliusz Kroński, es decir, Tygrys, tal como lo llamaban los amigos. En este capítulo hay una cierta relación, pues, con *La mente cautiva*.

Cracovia, enero de 2001

Introducción

Supongo que la idea de este libro surgió un día de agosto, hace unos años, en casa de la señora Helena Naef en Leman. Digo supongo porque los deseos de este tipo primero aparecen por poco tiempo e inmediatamente nos olvidamos de ellos, en apariencia. Cristalizan después en algún lugar bajo la superficie, y nos damos cuenta de ello mucho tiempo después, ya en forma de decisión tomada. Pero hagamos primero una pequeña descripción de aquel lugar.

Los viñedos en las colinas están muy bien situados aquí, ya que les viene el sol del sur. Más abajo, en la orilla del lago, pasa una carretera y la línea ferroviaria Ginebra-Lausanne. En la otra orilla de la superficie acuosa, que siempre es lisa desde lejos, están los macizos de los Alpes. Al abrir el portillo del jardín, se pasa por esa tierra agostada, a lo largo de los surcos entre los viñedos, y se pueden cortar los racimos más maduros para comer de postre en el almuerzo. Una pequeña galería de madera a la altura de la primera planta ensombrece las dos paredes interiores de la casa que abarcan el jardín y el patio. Crujen las tablas del suelo. Esas tablas, y algún embaldosado de ladrillo rojo, un poco gastado, me preparaban para algo. Pero todo había empezado en el altillo. Allí había visto unas viejas cajas pintadas de verde, con flores rojas, y una cama con baldaquín pintada de manera similar y que había servido a generaciones de campesinos suizos. Entonces por un instante, pero de manera muy intensa, sentí una gran aflicción por ser mudo. Porque el mutismo no suele ser sólo físico, y la soltura de una conversación fluida en francés sólo se podía camuflar con una mirada fija. El olor de aquel altillo me era familiar, como el de los rincones que había conocido en mi infancia, pero el país del que yo procedía estaba lejos, y, al igual que los payasos que salen de una caja de resortes, me movía según las normas de un mecanismo que era misterioso para mis amigos de allí. Incluso aquella afición común hacia los muebles viejos, que albergan la presencia de la gente ya desaparecida, escondía una

diferencia fundamental en su tono. Si tuviera que intentar explicar qué significaba para mí, qué figuras me traía a la mente, tendría que empezar con un enorme esfuerzo por el principio, embrollándome en las fechas, en los relatos sobre las instituciones, las batallas y las costumbres.

La manzana de la Tierra que va girando es pequeña y ya no contiene, geográficamente hablando, manchas blancas. Pero basta que aquí, en Europa, uno provenga de zonas que han sido menos concurridas por los viajeros hacia el este y el norte para ser un forastero de Septentrión del que sólo se sabe que hace frío. Ante la cama con el baldaquín experimenté unos sentimientos dobles, los del nativo y los del extranjero. Sin lugar a dudas allí estaba mi patria, pero renegaba de saberse como un todo, en virtud de una orden que se había impuesto, y dividía su población en una familia reñida, pero que seguía siendo igualmente una familia, y en sus primos pobres. Cuántas veces tuve la boca cerrada precisamente por eso, porque viniendo de aquellas regiones nebulosas, de las que raramente hablan los manuales y los libros, y si lo hacen, habitualmente con falsas informaciones, cada vez tendría que volver a empezar desde el principio. Pero ahora a esta parálisis se le añadía el dolor de un abandono. No, nunca voy a imitar a los que borran huellas, los que reniegan de su pasado y están muertos, a pesar de que con la ayuda de acrobacias intelectuales fingen estar vivos. Mis raíces están allí, en el Este, de eso no hay duda. Y aunque sea difícil o doloroso explicar quién soy, hay que intentarlo.

Así pues, el germen inicial fue el deseo de acercar Europa a los europeos. Hoy en día no delimitaría así mi objetivo. Lo decide lo que podemos llamar ojo telescópico. Ese nuevo órgano, que capta a la vez varios puntos del globo terráqueo y también varios momentos temporales, ha construido un film en todos mis contemporáneos. Además, yo tuve que utilizarlo con más frecuencia que los demás, ya que mis circunstancias me habían echado de una civilización a otra, bajo una enorme presión pasé a una más pequeña, y al revés. Desde la Revolución rusa del año 1917, que vi con los ojos de un niño y de un extranjero, hasta Nuevo México y la costa de California, a esa casa antigua a la orilla del lago Lemán, he vagado por zonas de silencio y de estrépito, de frío y de calor. Ninguna imagen nueva ha ocultado las anteriores y, a decir verdad, para mí no están en la cinta en un orden cronológico, sino que duran de manera simultánea, colisionan, se superponen unas a las otras. De ahí que haga hincapié en la realidad de la que me he

empapado y la necesidad de situar mi propia marca europea familiar, con su mezcla de lenguas, de religiones y de tradiciones, no tan sólo en relación con el resto del continente, sino con toda nuestra época, ya intercontinental.

Así que decidí escribir un libro sobre un europeo oriental que nació más o menos cuando las multitudes de París y de Londres vitoreaban a los primeros aviadores; sobre un hombre que mucho menos que nadie puede caber en los conceptos estereotipados del orden alemán y de la *alme slave* rusa. Es una empresa poco grata porque tenemos muy interiorizada la tendencia a las ideas generales aunque éstas no hayan sido comprobadas. No tan sólo el lector, sino también el mismo autor, al intentar ser objetivo en las características de los países y de las naciones, vacila entre la simplificación y la compleja verdad. No es que tenga un material que podamos retocar al gusto popular. Empiezo una exploración, un viaje al interior de mi propio pasado, aunque no sea sólo mío.

Estas frases pueden sonar un poco excesivamente científicas. En realidad, se trata tan sólo de la variedad de mis intereses literarios que con frecuencia me ha llevado a un terreno fronterizo entre la antropología, la historia y la sociología, pero sin unas ambiciones desmesuradas de conocimiento. La sola pasión, la mera curiosidad por el mundo se escapa a cualquier definición. Dos jovencitas chinas pasan sonriendo por una calle debajo de una estación del ferrocarril elevado en Nueva York y los que esperan arriba las siguen con la mirada; el meñique alzado cuando un oficial soviético de Tiflis bebe té como símbolo de buenas maneras, mientras tras la ventana se oye el cañoneo de la ofensiva de invierno de 1945; la cadena de oro y la capa de armiño de Su Magnificencia el rector de mi universidad, siguiendo una ceremonia medieval; la fotografía en los periódicos de las deliberaciones en el Kremlin y entre todos aquellos dignatarios el perfil de un amigo de la primera juventud; cada una de estas experiencias se ramifica en una serie de asociaciones, exige ser inmortalizada, ser incorporada a una totalidad a la que pertenece. La curiosidad como motor en el trabajo de un dibujante no existe en el arte abstracto, pero se puede percibir allí donde un eslabón en una pulsera, el cierre de un vestido, o la manera de aguantar la cabeza se consideraron dignos de interés y de esfuerzo para ser anotados con exactitud. De todo lo que he leído sobre

la pintura, lo que me ha gustado más quizás haya sido el pequeño estudio que Baudelaire hace de Constantine Guys. Esa alabanza del miriñaque, de los polvos y del colorete es inteligente, porque sólo podemos captar al hombre de soslayo, a través de lo que es su propia prolongación y una constante mascarada, en otras palabras, en su momento histórico. De esto no se tiene que inferir que al escribir quisiera acercarme lo máximo posible a la «pintura de costumbres» y renunciar a las discusiones ideológicas. Entonces lo que habría resultado sería un retrato bastante pobre de un lugar y de un tiempo concretos. De la atracción por esa rama particular en la que confluyen la crónica de los acontecimientos y la moda, la multiplicidad de opiniones y de creencias, sólo se puede inferir la desconfianza hacia los sondeos del subconsciente que están tan en boga. Es una cosa que no sé hacer y de la que incluso tengo miedo, porque en este proceder tan anticlásico es muy fácil perder la medida.

Si quiero mostrar quién se es cuando se procede del Este de Europa, ¿hay otra manera de hacerlo que hablar de uno mismo? Claro que podría crear una figura ficticia y en su biografía encerrar las observaciones realizadas sobre mí mismo y sobre los demás. Entonces incluso sin quererlo elegiría esas observaciones de acuerdo con una hipótesis, es decir, rechazaría los detalles por ser poco característicos. No me incomodaría ningún control, sería como un globo sin lastre. Pero a pesar de todo, el lastre es necesario. Así que es mejor que me centre en mí mismo y utilice como argumentos todo lo que me ha afectado de manera directa.

«Un diario: esa parte de nuestra vida que podemos explicar sin sonrojarnos.» Este aforismo de Ambrose Bierce debería bastar para desanimar a los amantes de la sinceridad. Es evidente que la sinceridad es imposible y que cuanto más se conservan sus apariencias, más grande es el papel que se tiene que conceder a la construcción. Al pretender llegar a la verdad inalcanzable mentimos porque desconectamos los acontecimientos que nos muestran a nosotros mismos bajo una luz poco halagadora. Si incluso, como suele ocurrir hoy en día, los autores encuentran delectación en ensañarse sobre sí mismos y, por miedo a la falsedad, hacen hincapié en su propia locura y errores, podemos estar seguros de que en ellos actúa algún tipo de censura interna y que nunca van a llegar al fondo. En esta imposibilidad fundamental de descubrir todos esos datos del destino no hay nada humillante. Si fuera diferente, si no existiera esa riqueza caótica ante la cual nuestros medios son

como un halo de luz de una linterna en la oscuridad, no llegaríamos a alcanzar una forma lograda a través de la eliminación y seguramente desaparecería el arte de escribir. Basta que nos demos cuenta de hasta qué grado el pensamiento y la palabra son desproporcionados con lo que es real. Es entonces cuando nos podemos limitar conscientemente.

La sola visión de ese pequeño trozo del globo terrestre al que se lo agradezco todo me indica la dirección de las limitaciones. El amor de un niño de tres años hacia su tía o la envidia hacia su padre ocupan tanto espacio en los escritos autobiográficos porque todo lo restante, por ejemplo la historia de su país o de su grupo nacional, lo trata como si fuera «normal» y en consecuencia poco atractivo para el narrador. Pero también hay otro método posible. No hay nada que impida que en vez de pasar a primer plano al individuo, cuidemos principalmente el fondo y nos miremos a nosotros mismos como a un objeto sociológico. La experiencia interior, tal como se ha conservado en la memoria, se valorará en la perspectiva de los cambios que ha sufrido el propio medio. Silenciar algunos periodos que han sido importantes para nosotros, pero que exigen en exceso una clave propia, debería ser una muestra de respeto a aquellos sótanos que todos tenemos y que es mejor dejar en paz. Por otra parte, el mundo externo se tiñe del recuerdo y de una valoración subjetiva, por lo que se evita así cualquier apariencia de un tratado árido. Mi intención es mantenerme en esas fronteras, aunque no pueda prometer por adelantado que lo vaya a conseguir.